

## EES Nº 1

**Materia: Literatura**

**Curso: 5to.**

**Trabajo Nº 7 El cuento fantástico**

**Prof. Ana Francese**

### Actividades de la cosmovisión fantástica

#### Objetivos:

- Leer cuentos fantásticos.
- Leer, seleccionar información y resumir textos de estudio.
- Analizar las características del fantástico.
- Reconocer en las obras literarias leídas los aspectos del fantástico.
- Relacionar la literatura fantástica con otros lenguajes artísticos.
- Reflexionar sobre el uso de los verbos en la narración

#### Actividad 1:

---

##### La galera

Leer el cuento [«La galera»](#), de Manuel Mujica Láinez y conocer al autor siguiendo [este link](#).

Luego responder estas consignas:

1. Buscar en el diccionario la definición de galera y escribir la acepción que se corresponde con la del cuento.
2. Describir brevemente el viaje de Catalina.
3. ¿Por qué, a pesar de las incomodidades, Catalina se sentía feliz?
4. ¿Qué efecto generan las repeticiones, como, por ejemplo, «todo el tiempo, todo el tiempo» y «El galope... el galope... el galope...»?
5. Extraer fragmentos donde se muestre que Catalina sufría de mucho cansancio y su percepción podía estar alterada.
6. ¿Cómo es posible que Catalina se encuentre con su hermana? Dar una explicación sobre los hechos que sea natural y lógica, y otra sobrenatural, es decir, una explicación en la que lo que se entiende como verosímil sea algo que resultaría imposible en la realidad.
7. Imaginar también una respuesta lógica y otra que acepte lo sobrenatural para la siguiente pregunta:
  - a) ¿Qué le impide a Catalina volver a subir a la galera?

##### La muerte

En segundo término, leé el cuento [«La muerte»](#), de Enrique Anderson Imbert y conocé a su autor en [este link](#).

Al finalizar:

- 1) Establecé el marco del relato (tiempo, lugar y personajes).
- 2) Compará las descripciones que se hacen de la muchacha y de la automovilista.
- 3) ¿En qué se parece el mundo de los personajes al mundo en el que vivimos nosotros?, ¿y en qué se diferencia?
- 4) ¿Es sorpresivo el final?, ¿por qué? ¿Hay anticipaciones?, ¿cuáles?
- 5) Teniendo en cuenta el final, comentar las siguientes frases de la muchacha: «Podría hacerte daño» y «Soy la Muerte, la M-u-e-r-t-e».

## Actividad 2:

Ahora, releé algunas definiciones de lo fantástico, una, propuesta por Todorov, y otra, por Barrenechea. A partir de ellas compartí oralmente qué características presentan los cuentos leídos por las cuales podemos considerarlos fantásticos.

*Estamos ahora en condiciones de precisar y completar nuestra definición de lo fantástico. Esta exige el cumplimiento de tres condiciones. En primer lugar, es necesario que el texto obligue al lector a considerar el mundo de los personajes como un mundo de personas reales, y a vacilar entre una explicación natural y una explicación sobrenatural de los acontecimientos evocados. Luego, esta vacilación puede ser también sentida por un personaje de tal modo que el papel del lector está, por así decirlo, confiado a un personaje y, al mismo tiempo, la vacilación está representada, se convierte en uno de los temas de la obra; en el caso de una lectura ingenua, el lector real se identifica con el personaje. Finalmente, es importante que el lector adopte una determinada actitud frente al texto: deberá rechazar tanto la interpretación alegórica como la interpretación «poética». Estas tres exigencias no tienen el mismo valor. La primera y la tercera constituyen verdaderamente el género; la segunda puede no cumplirse. Sin embargo, la mayoría de los ejemplos cumplen con las tres.*

Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972, pág. 44.

Así la literatura fantástica quedaría definida como la que presenta en forma de problema hechos a-normales, a-naturales o irreales. Pertenecen a ella las obras que ponen el centro de interés en la violación del orden terreno, natural o lógico, y por lo tanto en la confrontación de uno y otro dentro del texto, en forma explícita o implícita.

Barrenechea, Ana María. «Ensayo de una tipología de la literatura fantástica», en *Cuentos fantásticos Hispanoamericanos*. Buenos Aires, Huemul, 1980, pág. 393.

## Actividad 3:

Escribí un final para el cuento «La galera» pero la idea es que lo conviertas en un cuento realista. Antes de comenzar a escribir leé estas [Recomendaciones para escribir](#). Además revisá los tiempos verbales correspondientes (pretérito perfecto, pretérito imperfecto, pretérito pluscuamperfecto y condicional)

- 1) Utilizando el procesador de textos instalado en los equipos portátiles, escribir un nuevo final para «La galera», de manera que ya no sea fantástico, sino realista.

## “La galera”, de Manuel Mujica Láinez

¿Cuántos días, cuántos crueles, torturadores días hace que viajan así, sacudidos, zangoloteados, golpeados sin piedad contra la caja de la galera, aprisionados en los asientos duros? Catalina ha perdido la cuenta. Lo mismo pueden ser cinco que diez, que quince; lo mismo puede haber transcurrido un mes desde que partieron de Córdoba arrastrados por ocho mulas dementes. Ciento cuarenta y dos leguas median entre Córdoba y Buenos Aires, y aunque Catalina calcula que ya llevan recorridas más de trescientas, sólo ochenta separan en verdad a su punto de origen y la Guardia de la Esquina, próxima parada de las postas.

Los otros viajeros vienen amodorrados, agitando las cabezas como títeres, pero Catalina no logra dormir. Apenas si ha cerrado los ojos desde que abandonaron la sabia ciudad. El coche chirría y cruje columpiándose en las sopandas de cuero estiradas a torniquete, sobre las ruedas altísimas de madera de urunday. De nada sirve que ejes y mazas y balancines estén envueltos en largas lonjas de cuero fresco para amortiguar los encontrones. La galera infernal parece haber sido construida a propósito para martirizar a quienes la ocupan. ¡Ah, pero esto no quedará así! En cuanto lleguen a Buenos Aires la vieja señorita se quejará a don Antonio Romero de Tejada, administrador principal de Correos, y si es menester irá hasta la propia Virreina del Pino, la señora Rafaela de Vera y Pintado. ¡Ya verán quién es Catalina Vargas!

La señorita se arrebuja en su amplio manto gris y palpa una vez más, bajo la falda, las bolsitas que cosió en el interior de su ropa y que contienen su tesoro. Mira hacia sus acompañantes, temerosa de que sospechen de su actitud, mas su desconfianza se deshace presto. Nadie se fija en ella. El conductor de la correspondencia ronca atrozmente en su rincón, al pecho el escudo de bronce con las armas reales, apoyados los pies en la bolsa del correo. Los otros se acomodaron en posturas disparatadas, sobre las mantas con las cuales improvisan lechos hostiles cuando el coche se detiene para el descanso. Debajo de los asientos, en cajones, canta el abollado metal de las vajillas al chocar contra las provisiones y las garrafas de vino.

Afuera el sol enloquece al paisaje. Una nube de polvo envuelve a la galera y a los cuatro soldados que la escoltan al galope, listas las armas, porque en cualquier instante puede surgir un malón de indios y habrá que defender las vidas. La sangre de las mulas hostigadas por los postillones mancha los vidrios. Si abrieran las ventanas, la tierra sofocaría a los viajeros, de modo que es fuerza andar en el agobio de la clausura que apesta el olor a comida guardada y a gente y ropa sin lavar.

¡Dios mío! ¡Así ha sido todo el tiempo, todo el tiempo, cada minuto, lo mismo cuando cruzaron los bosques de algarrobos, de chañares, de talas y de piquillines, que cuando vadearon el Río Segundo y el Saladillo! Ampía, los Puestos de Ferreira, Tío Pugio, Colmán, Fraile Muerto, la esquina de Castillo, la Posta del Zanjón, Cabeza de Tigre... Confúndense los nombres en la mente de Catalina Vargas, como se confunden los perfiles de las estancias que velan en el desierto, coronadas por miradores iguales, y de las fugaces pulperías donde los paisanos suspendían las partidas de naipes y de taba para acudir al encuentro de la diligencia enorme, único lazo de noticias con la ciudad remota. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y las tardes que pasan sin dormir, pues casi todo el viaje se cumple de noche! ¡Las tardes durante las cuales se revolvió desesperada sobre el catre rebelde del parador, atormentados los oídos por la cercanía de los peones y los esclavos que desafinaban la vihuela o asaban el costillar! Y luego, a galopar nuevamente... Los negros se afirmaban en el estribo, prendidos como sanguijuelas, y era milagro que la zarabanda no los despidiera por los aires; las petacas, baúles y colchones se amontonaban sobre la cubierta. Sonaba el cuerno de los postillones enancados en las mulas, y a galopar, a galopar...

Catalina tantea, bajo la saya que muestra tantos tonos de mugre como lamparones las bestias uncidas al vehículo, los bolsos cosidos, los bolsos grávidos de monedas de oro. Vale la pena el despiadado ajetreo, por lo que aguarda después, cuando las piezas redondas que ostentan la soberana efigie enseñen a Buenos Aires su poderío. ¡Cómo la adularán! Hasta el señor Virrey del Pino visitará su estrado al enterarse de su fortuna.

¡Su fortuna! Y no son sólo esas monedas que se esconden bajo su falda con delicioso balanceo: es la estancia de Córdoba y la de Santiago y la casa de la calle de las Torres... Su hermana viuda ha muerto y ahora a ella le toca la fortuna esperada. Nunca hallarán el testamento que destruyó cuidadosamente; nunca sabrán lo otro... lo otro... aquellas medicinas que ocultó... y aquello que mezcló con las medicinas... Y ¿qué? ¿No estaba en su derecho al hacerlo? ¿Era justo que la locura de su hermana la privara de lo que se le debía? ¿No procedió bien al protegerse, al proteger sus últimos años? El mal que devoraba a Lucrecia era de los que no admiten cura...

El galope... el galope... el galope... junto a la portezuela traqueteante baila la figura de uno de los soldados de la escolta. El largo gemido del cuerno anuncia que se acercan a la Guardia de la Esquina. Es una etapa más. Y las siguientes se suceden: costean el Carcarañá, avizorando lejanas rancherías diseminadas entre pobres lagunas donde bañan sus trenzas los sauces solitarios; alcanza a India Muerta; pasan el Arroyo del Medio... Días y noches, días y noches. He aquí a Pergamino, con su fuerte rodeado de ancho foso, con su puente levadizo de madera y cuatro cañoncitos que apuntan a la llanura sin límites. Un teniente de dragones se aproxima, esponjándose, hinchando el buche como un pájaro multicolor, a buscar los pliegos sellados con lacre rojo.

Cambian las mulas que manan sudor y sangre y fango. Y por la noche reanudan la marcha.

El galope... el galope... el tamborileo de los cascos y el silbido veloz de las fustas... No cesa la matraca de los vidrios. Aun bajo el cielo fulgente de astros, maravilloso como el manto de una reina, el calor guerrea con los prisioneros de la caja estremecida. Las ruedas se hunden en las huellas costrosas dejadas por los carretones tirados por bueyes. Pero ya falta poco, Arrecifes... Areco... Luján... Ya falta poco.

Catalina Vargas va semi desvanecida. Sus dedos estrujan las escarcelas donde oscila el oro de su hermana. ¡Su hermana! No hay que recordarla. Aquello fue una pesadilla soñada hace mucho.

El correo real fuma una pipa. La señorita se incorpora, furiosa. ¡Es el colmo! ¡Como si no bastaran los sufrimientos que padecen! Pero cuando se apresta a increpar al funcionario, Catalina advierte dentro del coche la presencia de una nueva pasajera. La ve detrás del cendal de humo, brumosa, espectral. Lleva una capa gris semejante a la suya, y como ella se cubre con un capuchón. ¿Cuándo subió al carruaje? No fue en Pergamino. Podría jurar que no fue en Pergamino, la parada postrera. Entonces, ¿cómo es posible...?

La viajera gira el rostro hacia Catalina Vargas, y Catalina reconoce, en la penumbra del atavío, en la neblina que todo lo invade, la fisonomía angulosa de su hermana, de su hermana muerta. Los demás parecen no haberse percatado de su aparición. El correo sigue fumando. Más acá el fraile reza con las palmas juntas y el matrimonio que viene del Alto Perú dormita y cabecea. La negrita habla por lo bajo con el oficial.

Catalina se encoge, transpirando de miedo. Su hermana la observa con los ojos desencajados. Y el humo, el humo crece en bocanadas nauseabundas. La vieja señorita quisiera gritar, pero ha perdido la voz. Manotea en el aire espeso, mas sus compañeros no tienen tiempo de ocuparse de ella, porque en ese instante, con gran estrépito algo cede en la base del vehículo y la galera se tuerce y se tumba entre los gruñidos y corcovos de las mulas sofrenadas bruscamente. Uno de los ejes se ha roto.

Postillones y soldados ayudan a los maltrechos viajeros a salir de la casilla. Multiplican las explicaciones para calmarlos. No es nada. Dentro de media hora estará arreglado el desperfecto y podrán continuar su andanza hacia Arrecifes, de donde los separan cuatro leguas.

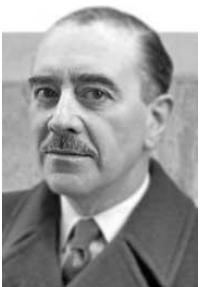
Catalina vuelve en sí de su desmayo y se halla tendida sobre las raíces de un ombú. El resto rodea al coche cuya caja ha recobrado la posición normal sobre las sopandas. Suena el cuerno y los soldados montan en sus cabalgaduras. Uno permanece junto a la abierta portezuela del carruaje, para cerciorarse de que no falta ninguno de los pasajeros a medida que trepan al interior.

La señorita se alza, mas un peso terrible le impide levantarse. ¿Tendrá quebrados los huesos, o serán las monedas de oro las que tironean de su falda como si fueran de mármol, como si todo su vestido se hubiera transformado en bloque de mármol que la clava en tierra? La voz se le anuda en la garganta.

A pocos pasos, la galera vibra, lista para salir. Ya se acomodaron el correo y el fraile franciscano y el matrimonio y la negra y el oficial. Ahora, idéntico a ella, con la capa color de ceniza y el capuchón bajo, el fantasma de su hermana Lucrecia se suma al grupo de pasajeros. Y ahora lo ven. Rehúsa la diestra galante que le ofrece el postillón. Están todos. Ya recogen el estribo. Ya chasquean los látigos. La galera galopa, galopa hacia Arrecifes, trepidante, bamboleante, zigzagueante, como un ciego animal desbocado, en medio de una nube de polvo.

Y Catalina Vargas queda sola, inmóvil, muda, en la soledad de la pampa y de la noche, donde en breve no se oirá más que el grito de los caranchos.

© Manuel Mujica Láinez: *La galera*. En *Misteriosa Buenos Aires*, 1950.



Manuel Mujica Láinez  
Escritor argentino

Nació el 11 de noviembre de 1910 **Buenos Aires**. Fue criado en el seno de una familia ilustrada y adinerada.

Pasó parte de su adolescencia en Inglaterra y Francia. Cursó estudios primarios y secundarios en parte en su ciudad natal, en parte en **París**. En 1928 ingresó en la **Facultad de Derecho** que abandonó dos años después. En 1932 ingresó como crítico de arte en el diario **La Nación**, ejerció como secretario del museo de **Arte Decorativo** (1937-1946) y director de **Relaciones Culturales** (1955-1958). Entre sus amistades figuraron [Jorge Luis Borges](#), [Adolfo Bioy Casares](#), **Silvina Ocampo**, **Girri** y **Silvina Bullrich**.

Comenzó a escribir libros de evocación histórica del pasado español y argentino: **Glosas castellanas** (1936) y **Don Galaz de Buenos Aires** (1938), línea que continuó en sus biografías del romántico [Miguel Cané](#) y los poetas de la literatura **gauchesca**, [Estanislao del Campo](#) e [Hilario Ascasubi](#).

Además trabajó como traductor de [Pierre de Marivaux](#), [Molière](#), [Jean Racine](#) y [William Shakespeare](#), pero su obra más conocida es la de narrador: **Aquí vivieron** (1949), **Misteriosa Buenos Aires** (1951), **El viaje de los siete demonios** (1974) y **El escarabajo** (1982). Lo más destacado de su producción son las **novelas** sobre algunas grandes familias porteñas: **Los ídolos** (1953), **La casa** (1954), **Invitados en El Paraíso** (1955) y **Los viajeros** (1956).

Manuel Mujica Láinez murió el 21 de abril de 1984 en su residencia **El Paraíso**, situada en **Córdoba** (Argentina) a consecuencia de un edema pulmonar. Sobre su mesa de trabajo quedó el original de una novela inconclusa titulada *Los libros del sur*.

## “La muerte”, de Enrique Anderson Imbert

La automovilista (negro el vestido, negro el pelo, negros los ojos pero con la cara tan pálida que a pesar del mediodía parecía que en su tez se hubiese detenido un relámpago) la automovilista vio en el camino a una muchacha que hacía señas para que parara. Paró.

–¿Me llevas? Hasta el pueblo no más –dijo la muchacha–.

–Sube –dijo la automovilista. Y el auto arrancó a toda velocidad por el camino que bordeaba la montaña.

–Muchas gracias –dijo la muchacha con un gracioso mohín– pero ¿no tienes miedo de levantar por el camino a personas desconocidas? Podrían hacerte daño. ¡Esto está tan desierto!

–No, no tengo miedo.

–¿Y si levantas a alguien que te atraca?

–No tengo miedo.

–¿Y si te matan?

–No tengo miedo.

–¿No? Permíteme presentarme –dijo entonces la muchacha, que tenía los ojos grandes, límpidos, imaginativos y enseguida, conteniendo la risa, fingió una voz cavernosa–. Soy la Muerte, la M-u-e-r-t-e.

La automovilista sonrió misteriosamente.

En la próxima curva el auto se desbarrancó.

La muchacha quedó muerta entre las piedras. La automovilista siguió a pie y al llegar a un cactus desapareció.

Enrique Anderson Imbert

(Córdoba, 1910 - Buenos Aires, 2000) Narrador y crítico literario argentino, autor de un ensayo fundamental, *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), y de cuentos breves reunidos en diversas antologías. Enrique Anderson Imbert

Anderson Imbert estudió Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires y fue discípulo de [Amado Alonso](#) y [Pedro Henríquez Ureña](#). Inició tempranamente su labor narrativa con *Vigilia* (1934), que sería reeditada con su novela *Fuga* en 1963. Ejerció la docencia en las universidades estadounidenses de Harvard y Michigan, como profesor de literatura hispanoamericana, y destacó por sus ensayos y críticas.

En 1967 ingresó en la Academia Americana de Artes y Ciencias y en 1978 fue nombrado miembro de la Academia Argentina de las Letras, de la que ejerció la vicepresidencia entre 1980 y 1986. En 1994 fue finalista del premio Cervantes. Sus cuentos se sitúan en una zona entre lo fantástico y el realismo mágico: *El gato de Cheshire* (1965), *La locura juega al ajedrez* (1971) y *La botella de Klein* (1975). Recopiló sus ficciones en *El mentir de las estrellas* (1979).

En sus estudios literarios, Anderson Imbert se ocupó tanto de cuestiones teóricas como del análisis de tendencias y autores, como la obra de [Domingo Faustino Sarmiento](#), el modernismo de [Rubén Darío](#) o el llamado «realismo mágico» desarrollado en la narrativa hispanoamericana de los años 60 (los [Cien años de soledad](#) de [García Márquez](#), los cuentos de [Julio Cortázar](#)). Entre su producción ensayística cabe citar *Tres novelas de Payró con pícaros en tres miras* (1942), *La crítica literaria contemporánea* (1957), *Crítica interna* (1960), *La originalidad de Rubén Darío* (1968), *El realismo mágico y otros ensayos* (1976) y *El arte del cuento* (1978).

## Recomendaciones para escribir

- Antes de empezar a escribir, pensar a qué género debe pertenecer el texto, cuál es el objetivo de este y quiénes serán sus destinatarios.
- Hacer un borrador, teniendo en cuenta la estructura según el género al que pertenece el texto, la división en párrafos, el uso de los tiempos verbales.
- Leer el texto en voz alta y anotar las observaciones y correcciones del docente y de los compañeros. Revisar que el texto cumpla con todas las indicaciones hechas en la consigna.
- Corregir y reescribir el texto, tomando en cuenta las anotaciones hechas. En ese nuevo borrador, revisar la redacción, la cohesión (el uso de sinónimos y de pronombres).
- Leer nuevamente el texto y reflexionar acerca de qué cambios hicieron en el texto.
- Finalmente, agregar conectores, si fuera necesario, y revisar la puntuación y la ortografía.